

3ª SESIÓN - C: SERMÓN DE LA MONTAÑA (MT 5-7)

“LÍBRANOS DEL MAL” (MT 6,13)



INTRODUCCIÓN

Estimados lectores, amigos de la Biblia.

Como ya os anuncié, os presento un anexo que acompaña al comentario de Benedicto XVI. Se titula: “LÍBRANOS DEL MAL”. ÚLTIMA PETICIÓN DEL PADRENUESTRO HECHA DESDE DISTINTAS SITUACIONES CREYENTES (Mt 6,13b), que concreta y refleja esta invocación en la vida ordinaria¹.

¹ Extraída de TERESA IRIBARNEGARAY, *En el centro Jesús. Lectura existencial del Evangelio de Mateo* (Col. “Pastoral” 107) Santander, Sal Terrae, 2019, p. 201-207.

Es probable que cada uno se identifique más con uno u otro de los textos que presenta o que, incluso, suscite una oración propia desde la situación en que cada cual se encuentre.

Ojalá nos ayude a orar al Padre en medio de lo que nos toca vivir.

“LÍBRANOS DEL MAL”. ÚLTIMA PETICIÓN DEL PADRENUESTRO HECHA DESDE DISTINTAS SITUACIONES CREYENTES (MT 6, 13B)

Protégenos, Padre, a mí y a los míos. A Jenny, a mamá y a los abuelitos. A Rodrigo, que sale de viaje, y a mí, para que no tenga dificultades. A Susana y a Rita, a Elyana, a Ginés, a Ramón y a los Gómez, que van hoy al hospital. A la madre de Kevin, que acaba de morir y deja niños pequeños, y a todos los que tenemos niños.

*

Ayúdanos, Jesús, que nos calumnian y nos van a dejar de ayudar. Haz algo, por favor, que no llevo a fin de mes y los niños no tienen la culpa. Que no se me repita el cáncer. Que el tornado pase sin destruir nuestros hogares; mejor, que no destruya los de ningún vecino del pueblo. Ayúdame... No sé qué hacer. Ayúdame... No sé ni por dónde empezar. Ayúdame... No quiero vivir, ni levantarme de la cama. ¡¿Por qué la vida es tan dura?! Haz algo, Señor, por favor, haz algo...

*

¡¿«Líbranos del mal»?! ¡Mejor si lo hubieras evitado! ¿No dicen que lo puedes todo? ¿No dicen que lo has creado todo? Si eres bueno, ¿para qué has creado el mal? Para complicarnos la vida o para hacernos caer en una trampa. Para tenernos a tu merced, pidiéndote como esclavos. No nos libres, no. Total, no nos libras. Del mal no se libra nadie. Todos caemos en él, todos acabamos cayendo en él. Los que se libran son los que no cuentan contigo: los ricos, los que saben escaquearse, los que son más vivos o más tramposos...

No, no nos libres del mal. Elimínalo de entrada, y así no te tendremos que decir que nos libres de él. ¿A quién se le ocurre crear un mundo malo, un mundo imperfecto y defectuoso? Hiciste mal el mundo al hacerlo así. Y nosotros seguimos errando al pensar que tú, que no lo has podido quitar al crear el mundo -o igual lo has puesto adrede, vete a saber-, nos vayas a librar.

*

Señor, soy consciente de que, cuando te pido «Libranos del mal», te estoy pidiendo que me liberes de ese mal que me oprime, ese mal presente en mí y del que no puedo librarme por mí mismo. Ya pasé la época infantil en que no me hacía cargo, en que me sacudía la culpa apelando a aquello de Pablo: no puedo hacer el bien que quiero. Dejé aquella etapa infantil y descubrí que la «adulterez» que me llevaba a responsabilizarme de mi mal me mataba igualmente... Ahora sé que no puedo con el mal. Fue el tiempo de intentar hacerme cargo de todo, el tiempo en que pensaba, sin pensarlo seriamente, que podía hacerme cargo de todo, salvarlo todo. Hasta que me di de bruces con mi impotencia y el mal se me vino encima, ahogándome.

Fue este el modo -desgarrador- en que tuve que aprender que no me valía el modo infantil de antes, pero tampoco lo que yo había entendido por adulterez -y que se parecía demasiado a creer que mis modos eran tus manos y tu salvación en el mundo-. Y fue solo volviendo a aquella misma frase de Pablo como se me hizo claro que mi impotencia podía resolverse de otro modo: «Hago el mal que no quiero y no puedo hacer el bien que quiero. [...] ¿Quién me librará de este cuerpo, que es portador de muerte?». Como Pablo mismo continuaba: «¡Tendré que agradecersele a Dios, que nos libra por medio de Jesucristo, nuestro Señor!» (cf. Rom 7,19.24).

Y así ha sido. Tú eres mi liberación, Jesús, tú mi salvación. Ahora conozco el poder del pecado en mí, pero ni me infantilizo, ni me victimizo, ni lo niego, ni intento cargarlo sobre mis hombros ni, mucho menos, redimirlo. Se me ha dado por gracia la fe en Jesucristo, que nos ha librado del mal, del pecado, de la muerte, y en adelante mi existencia se acoge por la fe a esta salvación que abre la puerta a la vida del Espíritu, a una nueva vida.

*

Como el leproso que volvió a darte gracias, así vuelvo yo hoy, mi Señor Jesús. Tanto, tantísimo como te he pedido que alguno de nosotros encontrara trabajo, y no solo ha sido uno, sino dos, dos de mis chicos los que ahora pueden trabajar y mantienen así a toda la familia. Puede que no duren mucho los trabajos, pero de nuestro mañana te ocupas tú, mi Jesús. No tengo palabras para expresarte

mi gratitud, Jesús mío. Tú sabes que siempre te pido, porque de todo tenemos necesidad, y tú sabes también que mi pedirte, aunque yo no sé nada, se fía de tí. Si te decía una y otra vez «Libranos del mal», no es porque dudara de que lo harías, sino porque lo necesitábamos tanto...

Hace mucho tiempo sé también que, cuando no lo haces, no es porque no quieras librarnos, sino por algún motivo que, aunque en mi pequeñez no comprendo, tiene que ver con tu amor. Estoy segura también, desde hace mucho, de que nunca nos dejas solos, de que siempre te cuidas de nosotros, aunque algunas veces sea en ese momento de «vida o muerte». Tú sabes, Señor. Sé que siempre nos libras del mal. Lo sé porque nos cuidas en todo, pero también porque en mi corazón no anida el mal. A pesar de todas las cosas malas que hemos pasado, mi corazón no tiene miedo ni se ha hecho malo. ¿Cómo dudar de que es porque tú me has librado del mal?

*

¡Libranos del mal! Este es el grito que has prendido en mis entrañas, Jesús. Ya no sé ni cuántas veces te lo habré gritado a lo largo de mi vida. A veces por mí, a veces por hermanos concretos, cercanos o lejanos, conocidos o desconocidos, casi siempre en nombre de toda la humanidad, por la cual grito: en su nombre, en su favor, para que sean libres, para que tú nos libres. Este grito ha ido cambiando de forma en mí, me ha ido cambiando a mí, y hoy es el modo como la vida se me concentra: en adoración y esperanza que pone en tí la mirada, en súplica ardiente que me hace misión y me vincula a mis hermanos, a todas las gentes de la tierra por las cuales grito. Has hecho en mi vida la gracia de ser comunión con mis hermanos, y esta -¡Libranos del mal!- es la palabra que me has dado para suplicarte, para dirigirme a tí en nombre de muchos. Te estoy inmensamente agradecida, Señor, porque me has hecho cauce de esperanza en medio del mundo. Aunque casi nadie lo sepa -y no lo sabe casi nadie, en realidad-, has hecho de mí, de mi pequeña vida tan insignificante en lo visible, un lugar de salvación. Con mi oración, con mi entrega y a veces mi dolor, hago carne la súplica que has impreso en mi espíritu -movida por tu Espíritu- en favor de muchos.

Mi grito... Tú lo sabes, Señor, es el grito que brota ante todo mal, grande y pequeño. Ante el mal del que somos culpables y el mal que nos sobreviene y nos desborda. El mal que nos permitirá aprender y el que destruirá la vida conocida hasta ahora. El que es limitado, preciso, tolerable... y aquel otro del que no puedes medir las consecuencias. El mal poderoso, porque arraiga sus raíces en nuestro corazón y se alimenta de nuestra savia, hasta poseer nuestra vida. Grito por los hermanos que no saben pedir, por los que están solos en su sufrimiento, por los que no saben que haya otra vida que padecer el mal y sucumbir a él.

*

Líbranos de todo mal por tu Hijo, Jesucristo. ¡Qué descanso siento mirando la cruz! ¡Qué certeza de que en tu cruz quedamos libres de todo mal! Lo percibo solo con mirarla: ¿cómo puedo negar que estás conmigo si has pasado por nuestros dolores y te has dejado matar por ellos? Si alguna vez dudé de que estuvieras a nuestro lado, ya no dudo, Señor. Aunque no lo sé explicar, el que te hayas dejado crucificar sin una queja, sin rebelarte, y también sin callar, denunciando el mal con tu amor, confiando en el Padre, parece que dulcifica mi dolor y me fortalece a la vez, de un modo misterioso, pero bien real. Siempre que miro tu cruz, veo la vida de otro modo, mi dolor de otro modo, como abriéndose a la esperanza.

*

Libra, Señor, de la muerte a nuestro hijo Téó. Que pueda vencer a la enfermedad, que pueda disfrutar de la vida, que la conozca y que no muera, tan niño como es... Te lo suplicamos, Señor, sálvalo. Tú sabes mejor que nadie lo que es el amor de los padres, y sabes cómo se me desgarran el corazón, no solo de pensar en que pueda morir, sino al verle sufrir y no poder hacer nada para ayudarlo. Sálvalo, Señor, te lo suplico. Solo tú puedes hacerlo... Solo en ti confiamos, tanto Irma como yo. Y aunque nos desgarran el corazón pensarlo siquiera, sabemos que Téó es tuyo y que solo tu voluntad abre camino a la vida. Por eso, y aunque no podemos decirlo con la libertad que tú mismo tenías entonces, si queremos decirte: «... pero que no se haga nuestra voluntad sino la tuya». En medio del desgarramiento, estamos descubriendo una libertad nueva. La libertad que nos recuerda que, en toda circunstancia, tanto Irma

como yo, y también Téó, Lila y Susi, Sandi y Kim, estamos en tus manos. En toda circunstancia queremos alabarte, porque eres nuestro Padre. Por eso, Señor, te pedimos que libres a Téó de la muerte, y a nosotros de la tentación de dudar de ti. Libra por favor a Téó de la muerte... pero si no lo libras, te alabaremos igualmente.

*

Después de tantos años, Señor, has puesto en mis manos a aquellos que, como entonces creí, me destrozaron la vida. ¡Qué fácil, qué natural le sale a mi corazón reconocer esto: ahora que tengo poder les podría hacer pagar por todo el mal que me hicieron! Es verdad que mi corazón no está ya sediento de venganza como entonces, es verdad que me has ido mostrando tus caminos y que ya no deseo vengarme, pero... la tentación, aunque de otro modo, sigue ahí. Ahora no es por la necesidad furiosa de entonces, ni porque yo personalmente necesite hacer justicia. Pero veo que, a pesar de tantos años de trato contigo, de mí no brota esa misericordia con que siempre me has tratado tú. Me sale, cuando menos, desear «que sufran un poco para que vean qué se siente» y ese deseo, aparentemente tan justificado, tan «natural», me quita la alegría que habitualmente baila en mi corazón y que me habla de tu presencia, Dios mío. Este pensamiento que apaga en mí la alegría me indica que estoy unida a ti. Eso, el «apagamiento» de la alegría, me ha llevado a ver que este pensamiento tan «natural» es tentación para mí, y me desvía del camino que en realidad tengo que tomar, la vida a la que en esta ocasión me encaminas. Mi respuesta no ha de ser ya lo «natural», sino la que me permite tu misericordia. Eso «natural» es sólo tentación, tentación que es el comienzo del mal y me lleva al mal. En vez del mal, elijo el bien, Dios mío. Elijo tu vida y, por eso, rechazo la tentación y te suplico que me concedas misericordia para amar a tu modo.

*

A tu cruz es adonde vengo cuando no sé qué hacer con los dolores de mis hermanas y hermanos. Hago lo que puedo por sanar, por consolar, por buscar salidas y ayudas... ¡pero hay tanto a lo que no llegamos, tanto que no se puede resolver, tanto dolor sin nombre y sin fondo! Sé, Jesús mío, que tú recoges todo ese dolor, que guardas

nuestras lágrimas en tu odre y no dejarás un solo dolor sin consuelo. Aunque no lo vea todavía, sé que un día será así.

No sé por qué lo sé... Quizá porque ya tantas veces te he visto como el único Fiel, el único que permanece a nuestro lado en el dolor, el único que puede dar alivio y respiro en medio de tanta miseria, de la desolación, de la angustia que no cede, de la muerte. Tu cruz se alza entre nosotros como otro modo de enfrentar el mal, como otro modo de estar en medio de este mundo malo que no mira por los pobres. Tu cruz -no lo había pensado hasta ahora- nos libra del mal, porque el estar unidas a tu cruz hace que el mal no pervierta nuestro corazón, incluso cuando el mal se cierra sobre nosotros. ¡Qué poderoso eres, mi Dios! ¡Qué poderosa tu victoria, que triunfa sobre el mal vencéndolo desde dentro! Tu cruz ha quedado clavada en nuestro mundo como signo de salvación. Mirar a tu cruz, a ti, Jesús, atado a ella, nos libra del mal... Nos libra de que el mal haga presa en nuestro corazón, nos libra de que el mal nos tiente, porque mirarte convence de lo que el mal hace, de que el mal mata... Mirarte crucificado, Jesús, nos libra del mal.